Espacios en blanco

A María Nevado

Me pongo a reseguir con la mirada utilizando mis pupilas como la mina de un lápiz, las líneas blancas y quebradas que dibujan los espacios de las líneas de lo que escribo. Como meandros de un estuario oceánico, surgen en un azar coordinado, abstraídas de su creación, y me pregunto si forman parte de la narración, si alguien más que yo, verá al fantasma de dedos blancos y finos, que se hace sitio entre las letras negras de las palabras, como una coma se cuelga en un semitono y lo convierte en tono, o tal vez no, no sea para tanto... Pero aun así, he pensado que merecían un espacio en negro para ellos mismos, un pequeño pensamiento dedicatoria a los espacios en blanco, como los días que transcurren anodinos cuando se vive en soledad, simples intervalos de espacio, y sin embargo sin ellos, como sin las líneas en una partitura, no sería posible interpretar, leer, escuchar en la mente.

Cosas sencillas e invisibles, sin las cuales la vida, no sería entendible.

Cuando el agua quiere ser aire

“Cuando el agua quiere ser aire, se convierte en niebla”. Eso lo decía Ana, y en días como estos en los que todo rezuma agua, cuando la lluvia es tan fina y a la vez tan tupida, que parece que no llueva; me acuerdo de ella... Orvalla... empieza a mezclarse el aire con el agua, el siguiente paso será la niebla.

Miro los edificios de enfrente, colocados a una distancia humana y parecen recortables sobre un fondo plano, nítidos los colores contra ese todo blanquecino; es la luz.

Y es que son las seis de la tarde, de un día de mayo y como en el resto del mundo detrás de las nubes está el sol, por lo tanto hay luz.

Torno a recordar lo que decía Ana, “Es la luz la que da la vida”. Me lo decía cuando me enseñaba los secretos del invernadero y me explicaba sin querer, como era su mundo. Aquel invernadero de estilo modernista, en el que desde niña pasaba tantas horas, forja negra como una trama de tela de araña, sujetando directamente el cielo, así me lo parecía, pues era todo de cristal.

Tendría que llamarla... pero hace más años que no nos vemos, que los años que nos vimos, y aun así, me sigo acordando de ella.

Salir a la calle es respirar agua, me paro un momento quieta, dejando que me envuelva me hace un traje a medida y a medida que camino, el traje se infiltra más en mí de manera tranquila, sin casi trascendencia, como un cariñito de viejo amigo, un abrazo cálido y húmedo.

Y la reflexión de mis propias sensaciones, me lleva de nuevo a pensar en Ana, ya sabrás algún día porqué la gente se sonríe, cuando dices, “ambiente cálido y húmedo”, pero eso aquí, en nuestro

invernadero, quiere decir una cosa totalmente diferente, esa humedad caliente, resguarda la vida de nuestras flores “.

Me siento en el coche, arranco y conecto las luces, también las nieblas, me quedo mirando en un momento perdido el dibujo colorista del impacto de la luz contra el difuminado. Mi sinestesia agradece la niebla, el mundo se torna suave, sin estridencias, lo decía Ana,” si sabes cómo entenderla, vivirás sin amargarte con ella”. Compartíamos muchas cosas, pero creo que la que más nos unía, es esa capacidad suya de saborear el color y la mía de ver el color de la música.

El color siempre nos unió, la necesidad de buscar paz lejos de los tumultos.

Recordar los días del invernadero de la abuela, es como recordar Alicia en el país de las maravillas...Cuando poníamos a Bach en el invernadero y sus colores se mezclaban con los de las flores y olían más y sabían más y nos sonreían. Horas en el jardín del Edén, de luz amortiguada, de calidez infinita...

Sacudo la cabeza. ¡Ya me vale de ensoñaciones! Sé que no la llamaré, no tengo su teléfono y seguramente yo seré un recuerdo de juventud y punto.

” Una prima más”, fue lo que dijo... que,- !No¡- más valiente le solté, sin saber que lo soltaba... Maldita sea la manía de casarse que tienen las mujeres. Lo sabía, lo supe en el mismo momento que me dijo que casaba (con aquel imbécil, para más inri). Mi niñez terminó aquel día, como el encanto del invernadero, mi primer dolor, mi primera ira, mi primera amargura, mi única venganza... Aprieto los labios y busco el CD del concierto número diez de Vivaldi. La música me sacara de este sonambulismo.

Carretera adelante, me vuelvo a ensimismar...¿Cómo fue aquel día? Me recuerdo vestida con aquel ridículo vestidito blanco y los horribles zapatos de charol. Qué guapa estaba ella, qué mayor me